

Semblanza de Don Camilo.
Perfiles físico, psíquico, social, moral e ideológico de Camilo
José Cela, a través de su propio testimonio, del de quienes le
conocieron y del análisis de su obra literaria

Ángel Hernández Expósito
Universidad Camilo José Cela
ahernandez@ucjc.edu
Francisco López-Muñoz
Universidad Camilo José Cela
flopez@ucjc.edu

Resumen

El presente artículo quiere rendir homenaje a don Camilo José Cela en el primer centenario de su nacimiento. Se recuerdan algunos hitos significativos de su vida y se muestran perfiles de su personalidad en aspectos tales como rasgos físicos, temperamento, carácter, criterios, actitud social, moral o ideológica, sin abordar en profundidad en esta ocasión su condición de escritor o su ingente producción literaria.

Palabras clave

Camilo José Cela, Iria Flavia, Premio Nobel, escritores gallegos, *La Colmena*, *San Camilo* 1936

Abstract

This article pays tribute to Don Camilo José Cela on the first centennial of his birth. Some significant milestones in his life are considered and traits of his personality are shared: physical features, temperament, character, opinions; and his social, moral and ideological attitudes; without exploring in depth his role as a writer and his enormous literary production.

Keywords

Camilo José Cela, Iria Flavia, Nobel Prize winners, Galician writers, *La Colmena* (*The Hive*), *San Camilo* 1936

Introducción

Este año 2016, en que se cumple el primer centenario del nacimiento de nuestro Premio Nobel, brinda ocasión inmejorable para rendir merecido homenaje a quienes reconocemos sus méritos y hoy podemos disfrutar su legado. Las páginas que siguen no tienen otro objetivo.

Cela asoma con frecuencia en cualquiera de sus obras; y a través de ellas, de modo manifiesto o más veladamente, no resulta difícil descubrir su personalidad. Dos textos suyos, de carácter claramente autobiográfico, resultan especialmente esclarecedores: *La rosa* (1959), memorias de la infancia en las que Cela recoge sus recuerdos más lejanos, y *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993), donde analiza, con el gracejo que le caracteriza, -“con desenvuelta simpatía”¹, según Zamora Vicente- vivencias de su juventud. Textos que, unidos a otras manifestaciones del autor y a las de quienes lo tuvieron cerca o investigaron sobre él, ofrecen sobradas luces para ilustrar esta semblanza.

“Hombre de fachada imponente y corazón delicado”

Escueta descripción esta, de García Marquina², que expresa el contraste entre la aparente rudeza externa y la especial sensibilidad de don Camilo y sintetiza perfectamente la imagen del escritor. Comenta el mismo crítico que “un novelista no tiene más biografía que su obra”³. Nosotros pensamos que no hay persona sin historia, y que ésta, cuando como en el caso que nos ocupa se traduce en permanente crecer nacido del esfuerzo, no es otra cosa que motivo de honra para quien la protagoniza. “La memoria es una fuente amarga de dolor”⁴, comentaba Cela; no ha de serlo en este caso, sino de clara satisfacción, aunque hayamos de llevarle la contraria, ya que en su opinión, “ninguna edad presta bienestar al recuerdo”.

Nacido en el seno de una familia con reminiscencias victorianas, tomó el nombre de su madre, “una flor británica con suave aroma italiano trasplantada a orillas de la ría de Arosa”⁵, a la que adoraba: “No admitía la posibilidad –asegura en *La rosa*, primer libro de memorias, “libro conmovedor, lleno de ternura infinita pasada por el cedazo de los recuerdos infantiles”⁶, según el feliz comentario que Ramos Trives hace de esta obra- de que hubiera en todo el mundo una mujer más bella que mi madre”⁷. Aunque la circunstancia de ser el primogénito y de malograrse los dos hermanos que le sucedieron, unida a su natural débil y enfermizo, hicieron que creciera en una atmósfera de exigencia y

¹ Zamora (1995:61)

² García Marquina (2005:299)

³ Ídem (11)

⁴ Cela (2011:11)

⁵ Cela (1947:19)

⁶ Ramos (1951:313)

⁷ Cela (2011:177)

sobreprotección difícil de sobrellevar. No es de extrañar, en tales circunstancias, el desarrollo de un carácter que él mismo consideraba “atrabiliario y fantasioso, despótico y tierno... propenso a la tristeza y a la soledad, dos sensaciones que –dice- me hacían feliz”⁸. Excelente caldo de cultivo para que –en palabras de Sacramento Martí-, se desatase “el combate del hijo varón por lograr su autonomía afectiva, tanto más dura cuanto mayor es la posesión materna”⁹. Recibió una educación a la inglesa, muy exigente con las formas. Fue duro para él tener que inhibir sus emociones y ocultar su intimidad, en aras de los comportamientos que la condición familiar requería. Tuvo, pese a todo, una infancia feliz, “una niñez dorada” –así gustaba de calificarla, frente a la “pubertad siniestra”¹⁰-, y él mismo reconoce haberse sentido tan feliz que cuando las visitas le preguntaban qué quería ser de mayor, se echaba a llorar porque no quería ser nada, ni siquiera deseaba ser mayor¹¹.

De su etapa adolescente hallamos claro testimonio en el capítulo que en *La rosa*, recoge “las reacciones defensivas del niño, del adolescente y del joven C.J.C.”¹² Él mismo se nos presenta como muchacho de buena apariencia, atractivo, de rasgos suaves, en los que solo las orejas –de las que haría caricatura en el niño Raúl, uno de sus conocidos personajes- parecían no acompañar la correcta proporción. Su actitud frente a los compañeros, de total normalidad. Con ellos aprendió a jugar a las bolas en la calle y al fútbol en los solares, y a viajar en el tope de los tranvías. Ramos Trives recuerda a aquel mozo un si es no es alto y desgarbado al que de niño veía jugar en el Sporting Club de su ciudad y que pasados unos años le sorprendería con la publicación del Pascual Duarte¹³. Esta normal inserción en los grupos informales no lo fue tanto en la formalidad exigible a la hora de ser escolarizado. “Moralizado por la lectura de Ortega y confundido por Nietzsche”, se sentía “desmoralizado por escolapios y maristas”¹⁴. La inadaptación escolar de su personalidad rebelde no dejó otra salida que la de ser instruido y orientado por preceptores –bien elegidos por los padres, a juzgar por los frutos obtenidos-, que le prepararon para superar airoosamente los estudios medios, presentándolo por libre en el Instituto de San Isidro de Madrid. Aunque él dijera, con su habitual socarronería, que consiguió “ir aprobando el bachillerato a trancas y barrancas y a fuerza de recomendaciones”¹⁵.

⁸Ídem (176-177)

⁹ García Marquina (2005:346)

¹⁰ Cela (1993:9)

¹¹ Ídem (23)

¹² Cela (2011:175-184)

¹³ Ramos (1991:308)

¹⁴ Cela (2011:182)

¹⁵ Ídem (179)

Superada la adolescencia, aunque ensayó, más por dar satisfacción a sus padres que por propio convencimiento, los estudios de Medicina –más tarde, acabada la guerra, haría lo propio y por idénticas razones con los de Derecho-, su vocación de escritor resultaba manifiesta. Luis Enrique Délano, amigo de juventud, recuerda a aquel mozo de veinte años, algo delgado, guapo en general, de ojos nórdicos y genio agudo, que asistía a los cursos de Literatura Española impartidos por Ovejero o Salinas.

Su aparente fortaleza física estuvo minada por la especial debilidad de sus pulmones, que mediatizaron en parte su desarrollo vital y lo tuvieron postrado en diferentes ocasiones. La primera estancia forzosa y prolongada, con tan solo quince años de edad, en el Real Sanatorio Antituberculoso de Guadarrama. La segunda, bastante después, a sus veinticinco años, en el Nuevo Sanatorio de Hoyo de Manzanares. Esta segunda recaída fue peor llevada que la primera, por razones evidentes: tener más clara constancia del problema y ver interrumpidos *sine die* sus proyectos. Ya para entonces había acabado la Guerra Civil, en la que se vio comprometido y que endureció su carácter. No en vano hubo de pasar por penosas experiencias, como la de recoger en sus brazos a Toisha, su novia, herida de muerte por la metralla, la de combatir en el frente y ser a su vez herido de cierta gravedad, o -la más grave y que nunca entendería y menos aún justificaría-, tener que asistir impotente al enfrentamiento cainita al que no veía sentido, que a nada bueno había de conducir, y que consideraba “una catástrofe nacional”. “Prefiero –asegura en *El camaleón soltero* (31 de enero de 1991)- la más injusta de las paces a la más justa de las guerras”¹⁶. Son muchas las referencias a la Guerra Civil vertidas en sus obras. Una especialmente: *San Camilo 1936* (1969), la dedica a exponer con la mayor crudeza sus sentimientos ante tamaña sinrazón.

Como decíamos, la recaída -en parte provocada por la hemoptisis contraída en el Ejército y por la que hubo de concedérsele una licencia temporal- le provocó una importante depresión, que llegó al extremo de suscitarle pensamientos suicidas. Temió seriamente por su vida, sentimiento y angustia que no tuvo después reparo en reconocer: “El día de San Silvestre de 1941, martes, me pasé la noche tristísimo y llorando con una infinita mansedumbre, mayor aún que el mucho desconsuelo que me anegaba; me daba miedo no llegar a desollar el rabo al año nuevo”¹⁷, confiesa en *Memorias, entendimientos y voluntades*.

No desaprovechó Cela sus convalecencias, pues dedicó largas horas a la lectura, lo que le permitió alcanzar gran erudición literaria, y vivió intensas experiencias que posteriormente inspirarían su segunda novela: *Pabellón de reposo* (1943).

¹⁶ García Marquina (2005:354)

¹⁷ Cela (1993:338)

Superada felizmente la enfermedad, volvió a ser el joven de buena presencia y actitud decidida, que se hacía notar en cualquier situación, “con su voz grave, la frase rítmica y los vocablos desenfadados”, comenta García Marquina, citando a Dionisio Ridruejo. “Parecía – dice García Marquina- un gigantón puesto en el centro de la feria”¹⁸. Con sus 30 años cumplidos, debía de estar bastante conforme con su propia imagen, a juzgar por la descripción que de sí mismo hace en *Baraja de intenciones* (1953): “Mido 1,80 de estatura, peso 80 kg, calzo el 41 o el 42 si la horma es estrecha, tengo 12 de presión arterial, mis ojos son castaños, con bellos reflejos verdes a la hora del atardecer”¹⁹. Imagen, la de aquellos años, que Ramos Trives también acierta a describir: “Con 32 años: flaco, desencajado, pálido y con un punto de predestinado que tiene algo de sobrecogedor; dos cejas como dos flechas que se lanzasen en pos del despejado horizonte de un frontón craneal amplio y abombado”²⁰. Por su parte, García Marquina descubre en él “un aire misterioso y contradictorio, cauteloso y tozudo, heredado de la familia paterna, junto con esa cara larga de caballo... Siempre ha sido –comenta- largo y cabezón, aunque su cuerpo fue variando de una extrema delgadez a un considerable volumen”. Aunque tiene que reconocer que tras esa imagen se encierra la riqueza de un espíritu “ingenioso, extravagante, inteligente, con gran sentido del humor”²¹.

Otros autores ensayan también su propia descripción: “Hombre alto, delgado, elegante - escribe Uribe, citado por Sotelo-, cara en gran volumen, mal color, sienes hundidas y mirar huidizo”²². Con mejores ojos lo ve Rodolfo Garcés –también referenciado por Sotelo-: “Es alto, de ademanes seguros y calmados, tiene elegancia y señorío y, aunque muchos piensen que es un tío bronquista y batallador, debo desmentir y anotar que es afable, sencillo y buen camarada”²³.

Joseph Pla dijo de él en cierta ocasión –así lo señala García Marquina- que tenía perfil de facineroso, seguramente por la poblada barba negra que usaba a la sazón²⁴. Aunque el propio Cela, en *El hábito y el monje*, de *El juego de los tres madroños* (1983), quiere darnos una explicación: “Yo no me dejé barba por nada, sino porque supuse, con harta ingenuidad, que un escritor debía lucir algún provocativo signo externo que lo pregonase”²⁵.

Pasados los años, la ‘curva de la felicidad’ cambiaría, como en la generalidad de los mortales, la imagen de don Camilo. Y a ello contribuyeron, sin duda, su habitual buen

¹⁸ García Marquina (2005:219)

¹⁹ Ramos (1991:321)

²⁰ Ídem (308)

²¹ García Marquina (2005:16, 52, 224)

²² Sotelo (2010:169)

²³ Ídem (2011:171)

²⁴ García Marquina (2005:87)

²⁵ Cela (1983:26)

apetito y su condición de buen gourmet. Tres pasiones terrenales confesaba tener, cifradas en sus propias iniciales. CJC: comer, joder y caminar. Cumplidos los 45, ya asentado en Mallorca, no tenía empacho alguno en reconocer la transformación experimentada y a la que le habían llevado sus excesos gastronómicos. “Un saludo muy cariñoso –le dedicaba a su amiga María Zambrano, en carta de noviembre de 1961- de aquel mozo flaquito de entonces, hoy académico barrigón ¡qué pena!-, pero bienintencionado”²⁶. Y justo un año después, el 7 de noviembre de 1962, le reiteraba: “Ya no soy el adolescente pálido y delgadito que iba a la plaza del Conde de Barajas con sus tímidos poemas bajo el brazo”²⁷.

Lo cierto es que su excelente apetito rayaba en ocasiones con la voracidad, y que su físico se fue deteriorando, hasta el punto de tener que tomar serias medidas y someterse a curas de adelgazamiento en clínicas especializadas. Situación que no llevaba nada bien y que en ocasiones le volvía irritable y le llevaba a abandonar en parte la buena compostura. Con su proverbial ironía, comentaba a su amigo César González Ruano, en carta del 17 de noviembre de 1945: “Cuando adelgazo se me pone cara de bebedor de sifón”²⁸.

El apoyo y colaboración de Marina Castaño resultarían decisivos, y don Camilo logró recuperar en sus últimas décadas la prestancia, el porte elegante, digno y distinguido que habitualmente le caracterizaron.

“Aunque parezca extraño, un sentimental”

“Un niño grandullón”. Así es como dice verlo Sergio Vilar en *Días felices en Mallorca* (1996): “Un niño al que le gusta jugar y que libera su naturaleza en todo momento y donde quiera que se encuentre”²⁹. Así lo veía también su propia madre, doña Camila Trulock: “Mi hijo es buenísimo” –comentaba a Antonio Pizá, en mayo del 1966-. Juega a comerse el mundo, pero en realidad tiene un corazón como un garaje”³⁰. Y el mismo Cela se reconoce como tal. “Yo fui como aquí cuento que era –confiesa en la nota con que en *La rosa* introduce la edición de 1979 - y, pese a tantas zurras, sigo siendo un niño que se creía diferente”³¹. “Se resistía a salir de la infancia”, opina García Marquina, lo que, a su juicio, explica alguna de sus reacciones.

Don Camilo era, a pesar de que en un primer pronto pudiera no parecerlo, un espíritu sensible. “Un sentimental que recibió una educación antisentimental” –confiesa el propio Cela-. “Toda mi vida –reconoce- ha significado una lucha contra la manifestación externa del sentimiento... Tengo un gran pudor de la expresión de mis sentimientos”³². Su corazón

²⁶ Trueba (2010:186)

²⁷ Ídem

²⁸ García Marquina (2005:227)

²⁹ Sotelo / Guimerá (2011:91)

³⁰ García Marquina (2005:240)

³¹ Ídem (243)

³² Pániker (1969:47)

era particularmente sensible ante la fragilidad y la marginación, como resulta fácil reconocer en el trato que dispensa a sus personajes. La misma sensibilidad que le lleva a mostrar su apoyo solidario a *Los niños que sufren* (1992): “A todos vosotros os llevo pegados a mi corazón y ni un solo momento os vuelve la espalda mi memoria [...] A todos vosotros os beso y os abrazo contra mi pecho y con la conciencia no demasiado tranquila; también os pido que me perdonéis si no he acertado a sujetar el amor que siento por vosotros”³³. Y el mismo espíritu sensible preside su amor por los animales: hasta siete bóxer llegó a tener como mascotas.

No parece la ternura su condición natural; y sin embargo, son muchas las voces que se alzan reconociéndosela, entre quienes lo tuvieron cerca o trataron de aproximarse a él. “Aquel Camilo tan tremendo, tan agresivo –advierte Ana María Matute– era un hombre de una ternura increíble”³⁴. “Vino a verme Camilo José Cela, tan tierno y tan burro como siempre”³⁵, comentaba cariñosamente su amigo y vecino César González Ruano, agradeciendo la visita que Cela le hizo, unas semanas antes de su muerte. Y Lorenc Villalonga considera oportuno aplicarle la expresión que en Francia se aplica al autor que “come niños crudos: C’est un tendre”³⁶.

Ternura vergonzante que brota espontánea y que don Camilo trata de enmascarar por lo que de debilidad pueda suponer. Como se refleja en la anécdota de aquella noche que, saliendo de cenar de un restaurante en Madrid, le entregó a un mendigo un billete de mil pesetas al tiempo que le soltaba con aire aparentemente nada afectuoso: “¡Tome, para que escarmiente!”.

“Crueldad y caridad, en teclas alternas”

Estas palabras, con las que Darío Villanueva define al humorista, pueden muy bien aplicarse a don Camilo. Era su personalidad claramente dual. Y la ternura y sensibilidad que apuntábamos, convivía con un fuerte carácter, duro y atrabiliario, agresivo incluso, cuando entendía que la ocasión lo requería. Dualidad alternativa, observa García Marquina, que transitaba “del entusiasmo al escepticismo, de la audacia a la timidez, de la ansiedad a la cautela, de la generosidad al egoísmo... Contradicción personal que se refleja en su literatura en la oscilación entre la elegancia y la plebeyez”³⁷. Don Camilo “impresionaba mucho, unas veces por su gracia envolvente y otras por sus exabruptos terribles”³⁸. Dualidad que podría desconcertar a quien no lo conociera lo suficiente, pero que encajaba en su personalidad de manera perfectamente coherente. “Cela, aunque

³³ Cela (1994:142)

³⁴ Matute (2000:179)

³⁵ García Marquina (2005:261)

³⁶ Ídem (260)

³⁷ Ídem (238)

³⁸ Ídem (314)

pueda parecer lo contrario –afirma Sánchez Dragó– es un hombre de absoluta homogeneidad dentro de su aparente heterogeneidad”³⁹.

Tenía un carácter fuerte, que dificultaba la convivencia. Así lo reconocía Charo, su primera esposa, en unas declaraciones hechas a la revista *Hola* en enero de 1990: “Madre e hijo se adoraban, pero en ocasiones discutían violentamente, ya que tenían el mismo carácter”.

No tenía Cela –comentaba su amigo César González Ruano, “la preocupación de ser simpático a la fuerza”. “Almuerzo hoy con Camilo –comentaba en su *Diario íntimo* (1970)- este nuevo Camilo despectivo y ausente, que apenas llegado habla de marcharse de nuevo”⁴⁰. Pese a todo, se sentía poderosamente atraído por él, y en el libro quinto de *Mi medio siglo se confiesa a medias* (1965) reconocía “el flechazo de lo que había de ser una buena amistad. Fue inmediato, pese a todas esas capas de antipatía y e impertinencia con la que Camilo intenta defender, no se sabe por qué, en los primeros momentos, sus excelentes, nobles y cordialísimas condiciones”⁴¹. Tozudo, orgulloso, ya desde niño, como él mismo reconocía: “Tenía un carácter atrabiliario, fantasioso, despótico... Me sentía el ombligo del mundo”⁴². Autoconfianza y orgullo que se traducían en insatisfacción y rebeldía y que devinieron en la necesidad imperiosa de renovación, de explorar de manera permanente nuevos caminos. Característica, entre otras, siempre reconocible en su producción literaria.

Era don Camilo, a nadie se le escapa, de natural transgresor y pendenciero. “Con independencia de su masa física –observa García Marquina-, siempre ha sido propenso al desafío y al mamporro”⁴³. Son muchas las anécdotas que de él se cuentan, en las que se desbordaba su genio y dejaba traslucir ciertas dosis de violencia. “Cela perdía fácilmente los estribos –comenta el mismo autor- y se le iba la mano en la respuesta. Era un glorioso epígono de aquella generación de pendencieros que entre sí estaban siempre insultándose con donaire”⁴⁴.

Citaremos algunos episodios en los que se manifiesta ese carácter impulsivo, de quien por otra parte y como ha quedado acreditado, albergaba un corazón sensible, tierno y generoso. Lástima que esta condición haya sido por muchos injustamente relegada, y aireado la menos amable, por más chocante y sorpresiva. Se confiesa protagonista de lo que también refiere en *Mazurca para dos muertos* (1983): haber tirado un piano por el balcón en La Coruña, en la casa de putas de la ‘Mediateta’, en la calle del Papagayo⁴⁵. Se

³⁹ Sánchez Dragó (2000:226)

⁴⁰ González Ruano (1970:636)

⁴¹ González Ruano (1965:625)

⁴² Cela (1991:176-177)

⁴³ García Marquina (2005:224)

⁴⁴ Ídem (171)

⁴⁵ Cela (1993:222)

cuenta que en 1941 le multaron con 60 pesetas por darle una bofetada a un sereno; que en Marbella, en agosto de 1991, agredió a un periodista por acusarle de haber vendido la exclusiva de su boda; o que en la sala de fiestas Casablanca espetó a un actor, en plena actuación y en voz alta: “Maricón”. A lo que siguió una pelea a mamporro limpio de la que Cela salió con la boca partida y una herida en la nalga⁴⁶.

Claro que el propio Camilo no rehuía comentar episodios parecidos; más bien parecía disfrutar relatándolos. Así, cuando refería el escándalo que protagonizó en la sede de la revista ‘El Español’, tras solicitar que le devolviesen varias colaboraciones: “Al principio no me las querían dar y en la redacción se armó un escándalo suave. Con patadas a las mesas y todo lujo de juveniles violencias e impropiedades”⁴⁷. O cuando –lo refería su amigo Enrique Délano tal y como Cela se lo contó–, se sintió en la necesidad, improvisado Quijote, de actuar en defensa de la mujer traicionada, aunque al final hubo de salir por piernas para resultar indemne: “Salí de mi casa y en el barrio, en cada puerta, había una criada cantando ‘Maricruz’. Desesperado me dije: A una mujer no se le puede pegar, pero al primer hombre que oiga cantando ‘Maricruz’, le parto la cara. Llego a la Puerta del Sol y un tío me mira y se pone a tararear: ‘Ay, Maricruz, Maricruz, maravilla de mujer’. No pude resistirme y le di un golpe. ¡Menudo lío, chico! Por suerte alcancé a subir a un tranvía y salir bien”⁴⁸. Y en la misma línea, el testimonio de Pío Baroja, en entrevista concedida a Juan Uribechevarría: “Cela es algo perturbado, que en el café Gijón, donde oficiaba como jefe, se pelea con todo el mundo”⁴⁹. Entendemos que don Pío no quería referirse a ninguna forma de violencia física, sino a la rotundidad dialéctica del escritor.

“Cada día, más contento de ser quien soy”

“Yo he tenido la suerte de ser Camilo José Cela y cada día que pasa estoy más contento de serlo”⁵⁰. “Cela estaba –comenta García Marquina– encantado de conocerse y vivía muy pendiente de sí mismo”. Su orgullo le llevaba “a exhibir sus logros para obtener reconocimiento”. Y su respeto a la jerarquía y el orden sólo exigían un requisito: “que fuera él quien la ejerciera”⁵¹. “Es posible –concluye– que en el entierro de Pío Baroja hubiese querido ocupar el lugar del difunto en vez de limitarse a llevar la caja a hombros”⁵². No es este crítico el único a quien la autoestima y afán de protagonismo de Cela resulta excesivo.

⁴⁶ García Marquina (2005:47, 298, 8)

⁴⁷ Ídem (66)

⁴⁸ Esteban (2005:13)

⁴⁹ García Marquina (2005:53)

⁵⁰ Cela (1972:262)

⁵¹ García Marquina (2005: 268, 306, 311)

⁵² Ídem (269)

El orgullo de este “tozudo caballerazo celta” –comenta Ramos Trives- le llevaba a “preferir desangrarse a tener que dar una explicación que considerara indebida”⁵³.

“Cela es –opinaba Italo Calvino en *Tribuna* (21 de marzo de 1994)- de los que quieren que los traten como a Dios padre, se da muchos aires y seguramente fastidiará a todo el mundo”. Manuel Vázquez Montalbán, aduciendo parecidas razones, manifestaba en *Interviú*, en noviembre de 1989: “Prefiero la literatura de Cela a su historia”⁵⁴. Considera García Marquina que el exceso de autoestima “fue acrecentándose hasta la egolatría y su entusiasmo emprendedor fue llegando a la megalomanía, por efecto de la variación progresiva de su percepción de la realidad y de sí mismo”⁵⁵. Autosatisfacción que le llevaba al rechazo de cualquier crítica sobre sus creaciones, y a calificar de insulto cualquier ‘pero’ puesto a una página suya.

Resulta difícil calibrar hasta qué punto tales consideraciones peyorativas pudieran obedecer a celos entre colegas. Lo cierto es que el propio don Camilo no tenía rubor alguno a la hora de calificarse como escritor: Valgan como muestra estas palabras tomadas de *Baraja de intenciones* (1953): “Me considero el más importante novelista desde el 98 y me espanta considerar lo fácil que me resultó. Pido perdón por no haberlo podido evitar”⁵⁶.

Estaba encantado de ser quien era, o al menos esa era la imagen que quería transmitir. Francisco Umbral, en un artículo publicado en *Diario 16*, de fecha 30 de octubre de 1989, pone en boca de Cela estas palabras: “¡Algún día me darán el Nobel y esos cabrones se enterarán de lo que valgo!”⁵⁷. García Marquina, que recoge en su obra este comentario de Umbral, opina personalmente que don Camilo “necesitaba sus dosis de elogios y, si no eran espontáneos, trataba de provocarlos”⁵⁸.

“Un humorista con cara de mala leche”

Así le califica García Marquina⁵⁹. Por su parte, Julio Aguilar comenta: “Un hombre que, como tantos gallegos, ha querido torear la vida con esa punta de ironía, de humorismo, de cintura”, y que “para defender su intimidad se había parapetado habitualmente en el desgarró y el humor”⁶⁰. Cela es un personaje –señala García Marquina- que “nunca toma vacaciones de sí mismo y es capaz de lanzar una humorada en los momentos más graves”⁶¹.

⁵³ Ramos (1991:316)

⁵⁴ García Marquina (2005:303)

⁵⁵ Ídem (203)

⁵⁶ Cela (1953:8)

⁵⁷ García Marquina (2005:140)

⁵⁸ Ídem (316)

⁵⁹ Ídem (239)

⁶⁰ Aguilar (2005:8)

⁶¹ García Marquina (2005:124)

Es el humor signo inequívoco de inteligencia, que nace, entre otras cosas, de la intuición, la fina observación y la capacidad para encontrar analogías y cifrar mensajes indirectos, o para extremar sin herir, llegando, si se tercia, a la caricatura. Como hombre “jovial, ancho de espíritu, despierto y atento a las solicitudes del mundo” lo recuerda Gómez Valderrama, para quien “no puede haber un novelista sin humor, porque carecería de una de las grandes virtudes que le hacen merecer el título de grande”⁶². Consideración en la que abunda Zamora Vicente: “Cela sabe encontrar el ángulo risible de las cosas, las personas y los sucedidos, y bajo una capa de burla, redimirlos con una exhibición de sana ternura”⁶³.

La excentricidad y el histrionismo tienen bastante que ver con el humor, la ironía y el sarcasmo. “Camilo José Cela –comenta García Marquina- vivió literariamente y por eso se convirtió en un personaje excéntrico y curioso”⁶⁴. El “repertorio de desmanes y locuras” que a su juicio tiene en su haber, se debe a su capacidad para lo grotesco y estrambótico, y considera “sus contradicciones más una extralimitación que una disfunción lógica”⁶⁵. Y en esta línea refiere el comentario que se corrió entre las gentes del pueblo de que Cela pasaba hambre, al verle andar con un saco a la caza de gatos. Lo cierto es que no era su propósito cocinarlos, sino introducirlos a la noche por la ventana en casa de Ruiz Iriarte y esperar acontecimientos. Una forma de diversión un tanto rocambolesca y de dudoso mal gusto, pero ciertamente original. Como la noche en la que, a la salida de un restaurante junto a la plaza Gomila, le quitó la gorra a un municipal y se la caló, argumentando que las gorras de los agentes son de uso público y como tal pueden ser utilizadas por cualquier ciudadano. Histrionismo que a decir de algunos no era sino un disfraz tras el que ocultar su intimidad. Dotes de actor no le faltaban –llegó a ponerlas de manifiesto en su cameo en *La Colmena* (1982) dirigida por Mario Camus-. Su voz tonante y su falta de ‘respeto humano’ contribuían a ello y facilitaban su empatía con quienes escuchaban sus expresiones ocurrentes, provocadoras o sarcásticas, o presenciaban las manifestaciones, no siempre del todo espontáneas, que él gustaba de convertir de alguna forma en espectáculo. Sus extravagancias se convertían en eficaz promoción.

“El ingenio, el talento de los listos sin talento”

Esta afirmación que Cela hace en *Los sueños vagos* (1979) no pasa de ser un curioso juego de palabras⁶⁶. Estamos convencidos de que ésta no figuraba entre sus convicciones. Muy al contrario. Ingenio es sinónimo de creatividad. Y él, que denostaba al escritor que se tenía

⁶² Gómez Valderrama (1991:37)

⁶³ Zamora (1995:60)

⁶⁴ García Marquina (2005:399)

⁶⁵ Ídem (241)

⁶⁶ Cela (1990;T23:443)

por ingenioso, no se consideraba en absoluto escaso de talento y buscaba permanentemente crear nuevas formas, nuevas estructuras. Su ingenio iba más allá del que es concedido al común de los mortales; era verdadera genialidad y llegaba a donde muy pocos son capaces de llegar. Sus reacciones, originales e inesperadas, resultaban sorprendentes. Recuérdese, por ejemplo, la respuesta al Presidente del Senado ante la advertencia por parecer dormido. La ingeniosa distinción sobre la diferencia de uso del participio y el gerundio es de sobra conocida.

No siempre el genio resulta además polifacético. Cela lo fue. Tocó muchos palos, y generalmente con acierto. Fue, además de consumado y reconocido novelista, buen poeta, cuentista, lexicógrafo, historiador, ensayista, crítico, cronista... además de ensayar otros campos como el de la pintura o el teatro, hacer sus pinitos de torero, o disfrutar como viajero y dejarnos espléndidos relatos de viajes. Todo ello, subraya Ramos Trives, “en todos los tonos imaginables o estilos posibles en el desenvolvimiento de la apasionada peripecia de su polifronte echazón existencial, castizo, popular, familiar, aristócrata, libreverbalizador, descarnado, veraz y objetivo, sin paliativos piadosos o falsos subjetivismos”⁶⁷. Don Camilo, como recuerda García Marquina, “se metía en todas las salsas”. Gustaba de la aventura y el riesgo, y no desaprovechaba ocasión: volar en globo o en parapente con casi ochenta años de edad y calificar la experiencia de un “modesto vuelo en paracaídas” habla por sí solo de quién era este hombre visceral, a quien García Marquina atribuye “alma de tango: violento, literario y sentimental, con la popularidad del pasodoble y la reciedumbre sexual y patriótica de la jota”⁶⁸.

“El que resiste, gana”

Este es el lema que Cela tenía por bandera y que estamos convencidos le hubiera gustado figurara en su tumba como epitafio. En *El juego de los tres madroños* deja bien claro que prefería la acción a la contemplación y que él no había nacido para ser mero espectador. “Pronto supe –comenta García de la Concha- que Camilo José no deja pasar por alto nada de lo que palpita como vida”⁶⁹. En efecto, se trataba de un hombre vitalista, para quien toda experiencia resultaba aprovechable. “Tengo espíritu de chamarilero y no tiro un solo papel (ni una sola sensación, ni una experiencia) jamás a la basura”⁷⁰, leemos en *Del Miño al Bidasoa* (1952). Toda sus experiencias vitales –y fueron muchas y muy intensas-, las revivió en su obra literaria. Puede decirse que de este modo consiguió vivir, no una, sino varias vidas. Exigente consigo mismo y con los demás, no soportaba al zángano o al incompetente. Estaba convencido de que llegan más lejos la voluntad y el esfuerzo que la

⁶⁷ Ramos (1991:298)

⁶⁸ García Marquina (2005:229)

⁶⁹ García de la Concha (2000:9)

⁷⁰ Cela (1989;T3:239)

capacidad. “Tengo la teoría –aseguraba- de que en España, y en todo el mundo, el que resiste, gana, y hasta ahora esta teoría se viene demostrando que es verdadera”⁷¹. Más que la intuición importa la tenacidad, el esfuerzo sostenido. Entendía el trabajo como una vocación de servicio. De “trabajador encarnizado” lo califica quien fuera secretario suyo en Mallorca, Juan Benito Argüelles⁷². Y Darío Villanueva, experto conocedor de su persona y de su obra, lo considera “la persona con mayor capacidad de exigir a sí mismo y a los demás”⁷³.

“La inspiración no existe. La inspiración es un subterfugio de zánganos” –decía don Camilo-. “Lo único que hay es que trabajar todos los días”. Y recordaba la respuesta de Baudelaire a la señora que le preguntó: ¿Qué es la inspiración?: “Señora, la inspiración es trabajar todos los días”⁷⁴.

Trabajo infatigable y metódico, no exento de esfuerzo y sacrificio. “Yo escribo con mucha dificultad –aseguraba- y con mucho esfuerzo, con mucho trabajo”. Y añadía una simpática anécdota. “Me dijo un día una de esas personas que lo saben todo: -Escribe usted como quien mea. -No, le contesté, salvo que el que mea sea prostático. Porque a mí me cuesta un trabajo horrible”⁷⁵. Se cuenta que en diciembre de 1947, teniendo que completar una entrega sobre viajes para la *Revista de Occidente*, lo hacía con tal intensidad que hubo de meter de vez en cuando la mano en agua para aliviarla, como si de la de un pelotari se tratara⁷⁶.

El triunfo le llegó, pero no de forma gratuita. “Triunfar no es arte demasiado difícil –animaba en *El Pimpampum*, de *El juego de los tres madroños*-, a poco que se tengan unas condiciones mínimas, se triunfa si se trabaja con ahínco y buen ánimo. Lo difícil es mantenerse”⁷⁷. “Con frecuencia –leemos en *Memorias, entendimientos y voluntades*- pude hacer más veces lo que quise que lo que me dejaban hacer: todo es cuestión de aferrarse a una idea o un sentimiento y no cejar ni un solo instante en el firme propósito de no abrir la mano jamás”⁷⁸.

Planificación, trabajo sistemático, estratégicamente diseñado y desarrollado con tenacidad, hasta conseguir el resultado apetecido. Esas fueron las claves del éxito de don

⁷¹ Cueto / Abad (1995:88)

⁷² García Marquina (2005:381)

⁷³ Ídem

⁷⁴ Cueto / Abad (1995:88)

⁷⁵ Ídem (92)

⁷⁶ García Marquina (2005:66)

⁷⁷ Cela (1990;T33:261)

⁷⁸ Cela (1993:114)

Camilo. “Ni el menor resquicio a la inspiración ni a la improvisación, esas dos nociones que desprecio”⁷⁹ –censura en su *Elogio de la fábula* (1989).

Con evidente ironía, comenta en *Desde el palomar de Hita*, un artículo publicado en *El Independiente*, en marzo de 1989: “La gran equivocación que cometí en mi vida fue la de trabajar sin darme un punto de descanso en un país como el nuestro en que se fomenta la holganza”⁸⁰.

Otros defectos podrán imputar a Cela sus detractores, pero nadie podrá dejar de reconocer su enorme capacidad de trabajo. Recuerda Iam Gibson, en *Cela, el hombre que quiso ganar*, el 15 de abril de 2003, que tres días antes de su muerte, aquejado de grave insuficiencia cardiopulmonar e ingresado en la clínica Cemtro de Madrid, encontró las energías suficientes para escribir un artículo para *ABC* dedicado a su amigo José María Sánchez Silva, recientemente fallecido⁸¹.

“Un vagabundo vocacional”

Esta valoración que García Marquina hace sobre Cela, nos parece muy acertada para calificar a “un hombre inquieto que ha recorrido todo el mundo acumulando experiencias y difundiendo su literatura y, desde Galicia, se ha establecido sucesivamente en Madrid, Mallorca, Guadalajara y, finalmente, de nuevo en Madrid”⁸². Esto sin tener en cuenta los diferentes lugares donde le condujeron los avatares de la guerra civil o sus incursiones por Hispanoamérica. A “necesidad de huida” atribuye el crítico el frecuente peregrinaje de don Camilo, “profundamente curioso y degustador de todo lo que se le ofreciera y tuviese olor, color y sabor, que estaba en todas partes y era un hombre lleno de curiosidades y saberes, no solo literarios sino humanos e incluso marginales”⁸³.

Gustaba Cela de encontrarse con la gente del pueblo, y era más amigo del trato sencillo y campechano que del encorsetamiento académico o la engolada grandilocuencia. “Estaba más confortado entre los vividores que entre los académicos –comenta García Marquina- y más a gusto cantando jotas obscenas que ante un cuarteto de cámara”⁸⁴. De ahí la frescura y espontaneidad que impregnan las páginas de sus cuadernos de viajes. *Viaje a la Alcarria* (1948), *Del Miño al Bidasoa*, *Judíos, moros y cristianos* (1956), etc., hasta una docena de obras que rezuman sencillez, ingenuidad y naturalidad, tanto en la descripción de personas y lugares como en las reflexiones y diálogos. “Los únicos lugares a donde Cela

⁷⁹ Zamora (1995:100)

⁸⁰ Cela (1989:277)

⁸¹ Gibson (2003:15)

⁸² García Marquina (2005:261)

⁸³ Ídem (78, 227)

⁸⁴ Ídem (227)

tenía que acudir...- comenta el mismo autor- era a las tabernas, a los ambientes plebeyos, al campo con sus animales y a las verbenas del aguardiente”⁸⁵.

Cabría decir que don Camilo se sentía ciudadano del mundo. Pero también que siempre dejó clara su condición de español. Rechazó de plano los nacionalismos, que consideraba “aldeanismos sangrientos”. Aunque siempre resultó evidente que, en su incuestionable españolidad, se sentía profundamente unido a Galicia, la tierra que lo vio nacer, que sirvió de escenario a varias de sus obras más representativas: *Mazurca para dos muertos*, *La cruz de San Andrés* (1994), *Madera de boj* (1999)...; a la que volvía siempre que se presentaba propicia la ocasión y donde pidió expresamente fueran esparcidas su cenizas llegada la hora del descanso definitivo: “Hace algún tiempo dejé escrito que, cuando llegara el momento, mi cadáver fuera incinerado y las cenizas arrojadas al mar desde la borda de un barco que navegara, a no menos de cinco millas de la costa, entre el cabo de Fisterra y el de Touriñán. Encargaba de la maniobra a mi hijo y, si él no pudiese o no quisiera llevarlo a fin, disponía que se le diese un millón de duros a un marinero gallego, cincuentón y tuerto (cuenca vacía), manco (amputado) o cojo (amputado), por este orden, para que diese cumplimiento a mi voluntad”⁸⁶.

“La amistad, la sal de la vida que no disuelve la muerte”

Hermosa reflexión de don Camilo, tomada de la *Breve carta a un amigo*, en *Al servicio de algo* (1969), que ilustra perfectamente lo que pensaba acerca de las relaciones humanas. “La amistad –continuaba- es la sal que brinca por encima de la barrera que separa la vida de la muerte”⁸⁷. Cela amaba al género humano. “El mejor Cela -afirma Iam Gibson- se caracteriza no por su crueldad, sino por la solidaridad con los que sufren los embates de la crueldad. Crueldad del destino, crueldad de otros seres humanos, crueldad de una sociedad que tan a menudo explota al débil”⁸⁸. Por su parte, Estanislao Ramos afirma que “quien siente la identidad de su propia existencia, encierra la posibilidad de sentir la del prójimo, como en el caso de Cela”. Y trae a colación las palabras de Robert Kisner: “La conciencia social arranca de un sentido de identidad personal”⁸⁹.

En el profundo y detenido estudio que García Marquina hace sobre Cela, abundan las referencias a su sentido de la amistad, a la necesidad de sentir próximas las personas de confianza, a la actitud a un tiempo selectiva y confiada: “Al maestro –asegura-, pese a la insistencia con que elogiaba la soledad, no le gustaba estar solo. Necesitaba alguien a su lado en quien poder apoyarse, de quien recibir elogios, a quien dar trabajo y a quien poder

⁸⁵ García Marquina (2005:155)

⁸⁶ Zamora (1995:115)

⁸⁷ Cela (1969:428)

⁸⁸ Gibson (2003:135)

⁸⁹ Ramos (1991:322)

impresionar". "Sólo se encerraba en la soledad en los momentos de tomar la pluma frente al papel en blanco". "Era fraterno y cariñoso con sus amigos, trataba de allanar las diferencias sociales e intelectuales y también las materiales". "Fue persona de muchas relaciones pero de pocos amigos". "Se mostraba afable con las gentes de bien, pero era intratable cuando se enfrentaba con algún pelma". "La amistad de don Camilo era profunda y permanente y, una vez que entraba en ejercicio, se mantenía pese a las dificultades sobrevenidas y a la acción corrosiva de los chismosos de turno que trataban de encizañarla". "Frente a él no cabía neutralidad y, por ese motivo, sus relaciones interpersonales eran apasionadas". "A los amigos les daba todo y les pedía todo"⁹⁰.

Particularmente esclarecedoras resultan al respecto las reflexiones con que el propio don Camilo salpica la correspondencia que dirige a su buena amiga María Zambrano, a quien tiene, como persona y como intelectual, en muy alta estima: "Nada me importa, créame, aquella vaciedad inmensa que usted llama éxito, sino esta otra preñez que usted y yo y aun mil españoles que no conocemos llamamos la mantenida libertad"⁹¹, le confiesa en carta del 6 de marzo de 1963. Y en la misma tiene un emocionado recuerdo para dos amigos comunes: Emilio Prados y Leopoldo Panero: "Con usted pienso –con usted prefiero pensar- que lo que se salva y nos salva es la persona; aunque haya perdido su palidez y su adolescencia; aunque haya escrito libros en vez de estarse callado y quieto; aunque haya vivido y hecho vivir; aunque poco a poco, vaya muriendo y –lo que también es su propia muerte- vaya viendo morir a los amigos"⁹². Ya tres años antes, en carta de noviembre de 1960, se quejaba de quienes, por el contrario, defraudan la confianza que en ellos se deposita: "Soy hombre que rinde culto al recuerdo, María, aunque a veces –¡cuánta defección, a veces!- lo mejor que al recuerdo pudiera suceder es que dejara de serlo"⁹³.

"Nadie debe morir sin haber recibido algo de amor"⁹⁴, comenta repetidas veces el narrador en *Cristo versus Arizona* (1988), a raíz de la muerte de Euphemia Escabosa, que murió azotada por la mala estrella. Aunque en otro momento asegura que "un hombre no muere hasta que no lo olvidan, hasta que lo van dejando de amar, no hay más muertos que los olvidados"⁹⁵.

Del sentido de la amistad nacía la hospitalidad de la que Cela hacía gala y, recíprocamente, le llevaba a aceptar gustoso la de sus amigos. A propósito de esta buena disposición, entiende Rafael Pérez Delgado que la generosa actitud de don Pablo en *La Colmena* (1951) para alojar en su casa a Martín Marco es reflejo de la que Cela mantenía en la realidad.

⁹⁰ García Marquina (2005: 541, 236, 321, 319, 266, 332, 296, 332)

⁹¹ Trueba (2010:187)

⁹² Ídem

⁹³ Ídem (185)

⁹⁴ Cela (1988:132)

⁹⁵ Ídem (46, 47)

Gustaba Cela de coleccionar los obsequios que recibía de sus amigos: la colección de orinales de porcelana, las botellas firmadas por aquellos... Le satisfacía sentir próximos a sus colaboradores y agradecía el apoyo generoso y desinteresado de sus admiradores. Y se mostraba a su vez dispuesto a prestar ayuda a sus amigos y corresponder a los favores recibidos. Era don Camilo una persona generosa, dadivosa ante la necesidad. Recuerda Charo Conde en *Mi vida con Camilo José Cela* (HOLA, 1 de febrero de 1990) el día en que llegó a casa sin abrigo por habérselo entregado a un pobre que le solicitó una limosna. “Pero si no tienes otro abrigo” –le dijo. Y la respuesta, la que correspondía a su manifiesta generosidad: ¡Buena, ya se arreglará!⁹⁶.

“Un rebelde sin bandera”

Como tal considera a Cela Claude Weil, en un artículo publicado en *France-Observateur*, en noviembre de 1989 y que lleva por título *Un grande de anti-España*⁹⁷. Creemos que no le falta razón. De “políticamente incorrecto” lo califica Miguel Sánchez-Ostiz, en su artículo *Purga del corazón*, publicado en *ABC Cultural* en enero del 2002. “Dijo lo que le vino en gana –comenta-, que es lo mínimo que se le puede pedir a quien se puso el mundo por montera, y se propuso contarlo, acuciado por una necesidad curiosa de ser veraz consigo mismo”⁹⁸. Y Rafael Conte, en el artículo que titula *Frente a la eternidad*, publicado en *El País Digital* en enero de 2002, señala que “escasamente aceptable y hasta políticamente incorrecto para todos aquellos que tan domésticamente tendían a escandalizarse ante muchas de sus actitudes, siempre les sobrevivió a lo largo de todas las batallas hasta su final”⁹⁹.

Explica García Marquina que Cela era ya en los años cincuenta una persona popular, requerido para actos de cualquier índole, académicos o festivos, y que tenía un gancho especial para atraerse a la gente, por su rotundidad, su casticismo, su claridad, su rudeza y su majestad dominadora. Que propugnaba la singularidad contra el igualitarismo, y detestaba la ambigüedad, la dejadez, el pietismo y el perdón. Gentleman o gamberro, humilde o altanero, según la ocasión lo requiriera, sabía adaptarse a cualquier ambiente, siendo altanero con unos y humilde ante otros¹⁰⁰.

Para algunos resultaba fino y elegante –de “elegante como un lord”¹⁰¹ lo calificó la revista bonaerense *Clarín*- o un señor muy mal educado. Ambas consideraciones tenían su parte de razón, según las circunstancias y el observador. No fue infrecuente encontrarlo involucrado en situaciones extravagantes, unas veces reales y otras nacidas del rumor, los

⁹⁶ García Marquina (2005:381)

⁹⁷ Couffon (1991:44)

⁹⁸ García Marquina (2005:395)

⁹⁹ García (2007:159)

¹⁰⁰ García Marquina (2005:313, 314, 377, 304)

¹⁰¹ Sotelo (2010:171)

celos o la inquina. En cualquier caso, era buen encajador y sabía salir generalmente airoso. Aceptaba sin dificultad al periodista bienintencionado, pero no toleraba a quien le buscaba las cosquillas, y menos aún al que pretendiera sacar partido a costa suya. De ahí su indignación ante la publicación de sus aventuras amorosas en el verano de 1989 por la revista *Diez Minutos*¹⁰². Como contrapartida y muestra de su buena disposición, las facilidades que Victorino Polo reconoce haber encontrado al solicitar su colaboración en la preparación del homenaje que la Universidad de Murcia quiso rendirle¹⁰³.

Políticamente, habría que calificarlo de conservador. Es sabido que en la Guerra Civil combatió en el bando 'nacional', que prestó sus servicios en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia y que finalizado el conflicto ejerció de censor en periódicos de claro tono franquista, como *Arriba* o *El Español*. Pero nunca reconoció haber sido especialmente bien considerado y protegido por el Estado. En realidad, no tenía vocación política y los acontecimientos le situaron en un bando cuando muy bien habían podido situarlo en el contrario. "Yo fui mozo en el reemplazo del 37 –escribe en su *Discurso de la quiebra*, en *Camino para la paz* (1979)- y, sin comerlo ni beberlo, conmigo y con mis compañeros de quinta, tiraron al blanco en el campo abierto y en nombre de unos ideales o de los contrarios [...] En la cabeza del hombre no cabe ni una sola nación más válida ni más hermosa que la vida, y miente quien diga lo contrario"¹⁰⁴. "Declaro que no voy a pedir disculpa de nada –escribía en *Memorias, entendimientos y voluntades*- porque pienso que, en todo caso, tendrían que habérmela pedido a mí por haberme metido en todos los berenjenales en que me metieron a palos y sin comerlo ni beberlo, por ejemplo, en la Guerra Civil"¹⁰⁵.

"Yo hubiera querido ser –explica en *Mi tercer pateo*, artículo publicado en el periódico *Arriba* en enero de 1950- ese señor de derechas a quien nunca jamás patearon. ¡Qué delicia ser un señor conspicuo, algo burro, serio y ordenancista!"¹⁰⁶. Comenta García Marquina que Cela firmaba aquellas cartas colectivas que versaban sobre derechos humanos sustantivos, especialmente las que trataban sobre la comunicación, la literatura y las artes, pero que eludía las que entrañaban un compromiso político concreto, un excesivo riesgo o una inutilidad práctica¹⁰⁷. Podría decirse que se mantenía en cierta equidistancia política, como parece deducirse de estas palabras dirigidas a Giulio Einaudi, su editor italiano, en carta de febrero de 1963: "El franquismo y el antifranquismo son

¹⁰² García Marquina (2005:138)

¹⁰³ Polo (1917)

¹⁰⁴ Cela (1979:378-380)

¹⁰⁵ Cela (1993:8)

¹⁰⁶ Sotelo (2010:166)

¹⁰⁷ García Marquina (2005:384)

considerables y argumentables, defendibles y atacables”¹⁰⁸. Cela era “un logrado ejemplar fascista” –considera García Marquina- pero como “algo temperamental, no como adhesión a un sistema político”. “Insolidario y escéptico, descreía tanto del ‘amanecer’ de los teóricos del falangismo como de la ‘aurora roja’ de los poetas anarquistas y libertarios. En realidad, rechazaba el fascismo de Estado y sus manifestaciones. Era –curiosa apreciación- de izquierdas en las ideas y de derechas en los hechos”¹⁰⁹. En *Memorias, entendimientos y voluntades*, él mismo decía sentirse “intelectualmente de izquierdas, socialmente conservador y políticamente liberal”, pero que en realidad “no tenía que ver con nadie”¹¹⁰. Censor censurado, hubo de ver prohibida en su día la publicación de varias de sus obras, como fue el caso, entre otros, de *La Colmena*, de la segunda edición de *Pascual Duarte* (1943) o del cuento *El bar de don Crisantito el pendolista* (1981). Entre sus amigos los hubo de filiaciones políticas distintas, y con todos mantenía una relación cordial. De oportunista político le tildaron quienes, según Joaquín Entrambasaguas, “le endosaron el diagnóstico de ser un escritor español virando a sinistra a veces, pero poco y con mucha vista”¹¹¹. Más que oportunista, cabría calificarlo de escéptico. “La política es una lotería para desocupados; los soñadores, los utopistas y los ideólogos hunden los países”¹¹², leemos en *El asesinato del perdedor* (1994). En *El juego de los tres Madroños* Cela sale al paso de quienes actúan en política de manera irresponsable: “Con la democracia, la responsabilidad se diluye y la irresponsabilidad crece lozana y exuberante”¹¹³. Y en *El mal camino*, de *El color de la mañana* (1996), opina que “los políticos son gente fracasada en sus profesiones y hombres de mentalidad mediocre, dudosa moral y portentosa vulgaridad”¹¹⁴.

No parece estar muy de acuerdo con que a cada persona le corresponda igual capacidad de decisión, sean cuales fueren su preparación, experiencia y capacidades: “La idea de que todos debemos ser iguales ante las urnas es falsa, pero nadie se atreve a decirlo” –escribe en *El color de la mañana*¹¹⁵. Y en lo que tiene que ver con el compromiso político, no desdeñaba su colaboración como ciudadano responsable y comprometido: “Mi secreta vocación –escribía a Juan Bonet en carta de julio de 1973- es la de fuerza viva a escala local. Esto es lo bonito”¹¹⁶.

¹⁰⁸ Cela (1963:121)

¹⁰⁹ García Marquina (2005:353)

¹¹⁰ Cela (1993:190)

¹¹¹ Entrambasaguas (1969:594)

¹¹² Cela (194:156)

¹¹³ Cela (1990; T33:172)

¹¹⁴ Cela (1996:219)

¹¹⁵ Ídem (301)

¹¹⁶ García Marquina (2005:118)

En lo que se refiere al pluralismo y al reconocimiento de las diferencias y especial idiosincrasia de las distintas nacionalidades –cuestión tan debatida y ahora tan de actualidad-, se manifestaba abiertamente contrario al centralismo, y reconocía en la diversidad un valor que respetar y mantener: “Afirmando mi vieja convicción –escribe en un artículo publicado en el periódico *Informaciones* en marzo de 1974- de que el meridiano de España no pasa (o no pasa solo) por Madrid. España es un país o puzzle de países, con tantos meridianos como vientos tiene la rosa de los vientos y ahí, precisamente ahí, reside su riqueza”¹¹⁷.

“Un hombre honesto”

“Soy, o por lo menos aspiro a ser, un hombre honesto que aspira a pasar por este valle de lágrimas procurando hacerle la puñeta a la menor cantidad de gente posible”¹¹⁸. En esta declaración de intenciones hecha por Cela en Televisión Española, en 1989, puede decirse que se cifra su condición moral.

No era en absoluto amigo de normas. Reconocía –las reconocía en sí mismo- la voluntad débil y voluble del ser humano y su fragilidad para mantener firmes sus propósitos. “Tengamos valor bastante –escribía en su ensayo *El erotismo en frío* (1976)- para digerir el pecado y quitarle plomo a las alas [...] El hombre no es un ángel, y se traiciona a sí mismo cuando intenta pasarse con armas y bagajes al bando de los espíritus puros”¹¹⁹.

Comenta Amorós que Cela se tomaba a broma lo que todos entendían habría de tomarse en serio, aunque se manifiesta en contra de quienes lo califican de “iconoclasta”¹²⁰. García Marquina dice que se zafaba de la norma con sus excentricidades. Exaltaba la libertad, negaba la igualdad y sospechaba de la fraternidad. Lo califica de “anarquista vestido de etiqueta”, lleno de aparentes contradicciones. Puede burlarse de los ecologistas y proteger a los animales, o luchar contra la pena de muerte al tiempo que manda a Pascual Duarte al garrote vil¹²¹.

En ocasiones se manifiesta partidario de una moral práctica, como en las palabras que dirige a Millán Astray: “Mi general, la primera obligación del soldado no es morir por la patria, sino que el enemigo muera por la suya”¹²², o de claro escepticismo: “El hombre sano no tiene ideas”, escribe en las notas a la 3ª edición de *La Colmena*. La moral de Cela es la moral de triunfador del “noble” nietzscheano: desprecio de la cobardía, la compasión, la debilidad; estima de cuanto signifique impulso vital, decisión, fortaleza, fe en la propia superación, altura de miras, ambición incluso.

¹¹⁷Ídem (354)

¹¹⁸RTVE (1989:50)

¹¹⁹Casares (2000:48-49)

¹²⁰ Amorós ((1995:124)

¹²¹ García Marquina (2005:279, 240)

¹²²Ídem (405)

No era ajeno a una buena dosis de hedonismo. Como apunta García Marquina, a la seducción que experimentaba ante la belleza, se unían el afán de posesión y el deseo de una vida placentera. “Quería disfrutar de esta vida y apuntarse a la otra”¹²³. No despreciaba el dinero y cuanto este podía reportarle, pero anteponía valores como la justicia, la amistad o la fama. Atendía a lo que le dictaba su propia conciencia interior. Porque –decía– “hay verdades que se sienten dentro del cuerpo, como el hambre o como las ganas de orinar”¹²⁴. Defendía el pensamiento crítico y se mostraba enemigo declarado de los tópicos, el gregarismo, las utopías sociales y las estructuras alienantes. “Lo grotesco de Cela –explica John W. Cronik– es una visión dolorida de la realidad; una protesta estridente en contra de las normas y las instituciones”¹²⁵. De su sentido de la justicia y de la banalización de que esta es en ocasiones objeto, quiere ofrecer buena muestra, y consideramos lo consigue, en *El asesinato del perdedor* (1994).

Una lectura detenida de sus obras lleva a la conclusión de que Cela no trata en ningún caso de moralizar. Él fabula, imagina o presenta a los ojos del lector la realidad más descarnada. Y deja que sea aquel quien, a la vista de los hechos, experimente su personal catarsis y extraiga sus propias conclusiones. “Esta es –decía en *Alguna ligera realidad*, de *Mesa revuelta* (1945)– la gran palanca de la literatura: que predica sin dar trigo ni ejemplo”¹²⁶. “El autor de ‘San Camilo 1936’ –comenta Fernando Arrabal– ni condena ni propone. Cuando, como novelista, siente las irradiaciones del esplendor, incluso quisiera convertirse en rayo de luz. Su cuerpo planea a bordo de la genialidad, como la gaviota se eleva con la brisa y tiembla de felicidad o de dolor”¹²⁷.

Era Cela hombre abierto a cualquier idea que se defendiera con la suficiente sensatez. Siempre se mostró dispuesto a aceptar a quien se le acercara desde una actitud inteligente. Aceptó el riesgo que ello suponía en una sociedad mediatizada por la intransigencia y la censura, y en sus *Papeles de Son Armadans* tuvieron cabida intelectuales de muy diversa ideología, que escribieron con plena libertad, incluso en lenguas vernáculas proscritas por el Régimen.

Una personalidad como la suya, para bien o para mal, a nadie puede dejar indiferente. Fernando Sánchez Dragó da fe de ello. “Camilo José Cela –confiesa– es una de las mayores influencias que yo he recibido en mi vida”. Y relaciona las influencias celianas que reconoce haber experimentado: “tradición sin plagio, coherencia entre vida y obra, compatibilidad entre la seriedad y el sentido del humor, transformación del escritor en

¹²³ Ídem (186)

¹²⁴ Cela (2000:153)

¹²⁵ Cronik (1990:29)

¹²⁶ Cela (1990;T9:458)

¹²⁷ Arrabal (2000:322)

personaje literario, distinción entre violencia y crueldad, profesionalidad... y por último e importantísimo, la defensa del individuo frente a la Historia y frente al Estado”¹²⁸.

“Dios es porque sí”

La condición intelectual de don Camilo, permanentemente atento a cualquier vestigio de naturaleza y de vida, no podía dejar al margen el sentido de trascendencia. Entendía la existencia como permanente caminar hacia un final incierto, dejando en cada paso jirones de sí mismo. Combustión constante, irradiando, en la necesaria consunción, luz, calor, vida en definitiva. Esta confesión, recogida en el número 213 de *Papeles de Son Armadans*, lo atestigua: “Tan identifico la vida con la espiral que lleva a la muerte que, sin violencia alguna, entiendo la vida como un incansable caminar hacia la muerte, a pasos isócronos y consciente o inconscientemente deliberados; de ahí que el hombre pruebe día tras día a quemarse aun sabiendo que no es incombustible”¹²⁹.

La muerte, siempre presente, de una u otra forma, con mayor o menor protagonismo, en las producciones celianas. La muerte, parte de la vida; y ambas exigiendo igual compromiso. “Espanta pensar en la vida, espanta pensar en la muerte –leemos en el prólogo a *El bonito crimen del carabinero* (1947)-. Creo que ese espanto es la savia que ha nutrido estas páginas mías”¹³⁰.

La necesidad de trascendencia le llevó, hacia 1994, a elaborar una teoría que denominó “nostalgia geométrica del azar”, en la que admite la existencia de un factor poderoso que rige el universo, la tendencia de los seres al orden, el equilibrio, la perfecta simetría. “Dios es porque sí y en su afirmación está su propia esencia”¹³¹. Esta reflexión hacía Cela en *Palabras para inaugurar un museo*, de *Al principio de algo* (1969). Este es el Dios cuya existencia intuía. Un poder nacido de la propia angustia existencial y del temor al vacío, que dirige el universo, al margen de la fe que pueda suscitar. Don Camilo no era creyente, pero sentía la necesidad de creer.

Epílogo

Hasta aquí la semblanza de don Camilo que queríamos recrear como homenaje. En ella nos hemos limitado a considerar su condición humana: origen, desarrollo vital, carácter, intereses, actitudes, criterios, creencias... Queda para otra ocasión abordar su condición de escritor; su extraordinaria aportación como lingüista, novelista, poeta, bibliófilo...; su altura intelectual, su amplia erudición, su genio innovador...

¹²⁸Sánchez Dragó (2000:240-245)

¹²⁹Cela (1973:204)

¹³⁰Cela (1947:14)

¹³¹ Cela (1969:338)

Desde estas páginas unimos nuestro homenaje al que el 17 de enero de 2002, el día siguiente al de su muerte, le rendía José Saramago en el periódico *ABC*: “Se le ha juzgado como persona antes que como escritor. Dentro de veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años las rencillas estarán olvidadas y sólo quedará su obra. La obra de un gran irrepetible escritor”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar Ruiz, N.** “Cela visto por dos extremos”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2005*. Ávila: Universidad Camilo José Cela (UCJC), 2005, 7-9.
- Albert, M.** “Sobre el perfil ideológico de algunos cuentos tempranos de Camilo José Cela”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2006*. Madrid: UCJC, 2006, 189-211.
- Amorós, A.** “Testimonios de CJC y sobre CJC”. A. Zamora, J. Cueto, eds. *Retrato de Camilo José Cela*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, 117-125.
- Bañeza Domínguez, T.** “Camilo José Cela y José María Valverde: entre la amistad y el olvido”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2007*. Madrid: UCJC, 2007, 87-103.
- Casares, C.** “Galicia en la obra de Camilo José Cela”. AA.VV., *IV Curso de Verano: La obra literaria de Camilo José Cela*. Madrid: UCJC, 2000, 202-210.
- Cela, C.J.** *El bonito crimen del carabinero*, Barcelona: Janés, 1947.
- _____. *Baraja de invenciones*. Valencia: Castalia, 1953.
- _____. *Papeles de Son Armadans*, nº 83, Palma de Mallorca, 1963.
- _____. *Al servicio de algo*. Madrid: Alfaguara, 1969.
- _____. *Novela española actual*. Fundación Juan March. Madrid: Cátedra, 1972.
- _____. *Papeles de Son Armadans*, nº 213, Palma de Mallorca, 1973.
- _____. *Cuentos para leer después del baño*. Barcelona: Juan Granica, 1974.
- _____. *Caminos para la paz. Los historiadores y la Guerra Civil*. Madrid: Urbión, 1979.
- _____. *Cristo versus Arizona*. Barcelona: Seix Barral, 1988.
- _____. “Desde el palomar de Hita”. *El independiente*, 10 de marzo, 1989.
- _____. *Obras Completas*. Barcelona: Destino, 1990.
- _____. *Memorias, entendimientos y voluntades*. Barcelona: Plaza & Janés, 1993.
- _____. *El asesinato del perdedor*. Barcelona: Seix Barral, 1994.
- _____. *A bote pronto*. Barcelona: Seix Barral, 1994.
- _____. “Testamento literario de Padrón. Retrato de Camilo”. A. Zamora, J. Cueto, eds. *Retrato de Camilo José Cela*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, 112-115.
- _____. *El color de la mañana*. Madrid: Espasa Calpe, 1996.
- _____. *La colmena*. Col. Austral, Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- _____. *La rosa*. Primera edición en Austral, Barcelona, Destino, 2011.

Conte, R. "Camilo José Cela, heredero y precursor". AA.VV., *IV Curso de verano: La obra literaria de Camilo José Cela*. Madrid: UCJC, 2000, 183-201.

Couffon, C. "Camilo José Cela visto por los periodistas y críticos franceses y de lengua francesa". AA.VV., *La palabra en libertad. Homenaje a Camilo José Cela*. Murcia: Paraninfo, 1991, 43-59.

Cueto, J., Abad Contreras, P. "Encuentro con Camilo José Cela". A. Zamora, J. Cueto, eds. *Retrato de Camilo José Cela*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, 81-94.

Díaz Arenas, A. "De Pascual Duarte a Madera de boj, de Camilo José Cela". *Anuario de Estudios Celianos 2012-2013*. Madrid: UCJC, 2014, 9-202.

Entrambasaguas, J. *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo X (1940-1944). Barcelona: Planeta, 1969.

Esteban J. "De cómo y por qué publicó Cela sus primeros versos en Buenos Aires o el joven Camilo José Cela en un libro olvidado". *Anuario de Estudios Celianos 2005*. Ávila: UCJC, 2005, 11-16.

García, C.J. "La modernidad judicial en entredicho. El asesinato del perdedor y un breve apunte sobre la recepción de la figura de Cela". AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2007*. Madrid: UCJC, 2007, 155-182.

García de la Concha, V. "Madera de boj: un viaje del alma". AA.VV. *IV Curso de verano: La obra literaria de Camilo José Cela*. Madrid: UCJC, 2000, 7-40.

García Marquina, F. *Retrato de Camilo José Cela*. Boulder: Society of Spanish and American Studies, 2005.

Gibson, I. *Cela, el hombre que quiso ganar*. Madrid: Aguilar, 2003.

Gómez de Liaño, F.J. "La justicia en la obra de Camilo José Cela". *El extramundi y los papeles de Iria Flavia*, 1997; XII, 357-401.

Gómez Valderrama, P. "Aproximación a un escritor y a la literatura". AA.VV., *La palabra en libertad. Homenaje a Camilo José Cela*. Murcia: Paraninfo, 1991, 35-38.

González Ruano, C. "Proclamación de Camilo José Cela en Barcelona". *Madrid*, 27 de noviembre, 1945.

_____. *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Barcelona: Noguer, 1965.

_____. *Diario íntimo*. Madrid: Taurus, 1970.

Huarte Morton, F. "Camilo José Cela, bibliófilo y editor". AA.VV. *Anuario de Estudios Celianos 2007*. Madrid: UCJC, 2007, 193-205.

Ilie, P. *La novelística de Camilo José Cela*, Madrid: Gredos, 1978.

Kronik, J.W. "Desde Torremejía al O.K. Corral". *Ínsula*, 1990, 518-519.

Martí, S. "Camilo José Cela". *El País*, 4 de julio, 1985.

Matute, A.M. “Camilo José Cela, el hombre que yo conocí”. AA.VV., *IV Curso de Verano: la obra literaria de Camilo José Cela*. Madrid: UCJC, 2000, 175-181.

Pániker, S. *Conversaciones en Madrid*. Barcelona: Kairós, 1969.

Platas Tasende, A.M. “Galicia en la obra de Camilo José Cela”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2007*. Madrid: UCJC, 2007, 217-235.

_____. “Camilo José Cela y su teatro del mundo”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2010*. Madrid: UCJC, 2011, 45-62.

_____. “Camilo José Cela y su arte de novelar”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2011*. Madrid: UCJC, 2012, 9-26.

Polo, V. “Presentación”. AA.VV., *La palabra en libertad. Homenaje a Camilo José Cela*, Murcia: Paraninfo, 1991, 7-12.

Quiñones, J. “Camilo José Cela y Max Aub, evocación de una amistad transterrada”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2005*. Ávila: UCJC, 2005, 89-107.

Ramos Trives, E. “Lengua y lenguaje en la obra poético-literaria de Camilo José Cela”. AA.VV., *La palabra en libertad, Homenaje a Camilo José Cela*. Murcia: Paraninfo, 1991, 283-305.

Ripoll Sintés, B. “La escritura celiana desde Destino. Los años cincuenta”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2010*. Madrid: UCJC, 2011, 63-85.

RTVE. *Lo que dijo en TVE Ceta*. Madrid: Servicio de publicaciones de RTVE, 1989.

Sánchez Dragó, F. “La influencia de Camilo José Ceta en la novela española”. AA.VV., *IV Curso de Verano: La obra literaria de Camilo José Ceta*. Madrid: UCJC, 2000, 218-247.

Sánchez-Ostiz, M. “Purga del corazón”. *ABC Cultural*, 19 de enero, 2002.

Sotelo Vázquez, A., **Guimerá Galiana**, A. “En torno a Sergio Vilar y Días felices en Mallorca”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2010*. Madrid: UCJC, 2011, 87-104.

Sotelo Vázquez, A. “Nueve calas en la biografía de un escritor: Camilo José Ceta”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2008-2009*. Madrid: UCJC, 2010, 157-177.

Trueba, V. “Intermitencias de un reencuentro (Camilo José Ceta y María Zambrano en su correspondencia)”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos, 2008-2009*. Madrid: UCJC, 2010, 179-209.

Vázquez Montalbán, M. “Declaraciones”. *Interviú*, 6-12 de noviembre, 1989.

Velázquez-Velázquez, R. “Encuentros, y algún desencuentro, entre Camilo José Ceta y César González-Ruano”. AA.VV., *Anuario de Estudios Celianos 2010*. Madrid: UCJC, 2011, 105-138.

Villanueva, D. “Camilo José Ceta: perfil insólito del escritor”. AA.VV., *La palabra en libertad. Homenaje a Camilo José Ceta*. Murcia: Paraninfo, 1991, 61-87.

Zamora Vicente, A. "Vida y obra de Camilo José Cela". A. Zamora, J. Cueto, eds. *Retrato de Camilo José Cela*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, 21-62.